



ALBOAN

“El Hombre-Davos”

Manfred Nolte

“Comprometidos en mejorar el estado del mundo” como reza su misión, la asamblea anual del Foro Económico Mundial(WEF) celebrada entre 27 y 31 de enero, se ha convertido un año mas en el cónclave que transforma durante una semana la estación de esquí alpina de Davos-Klosters en algo más que un centro cosmopolita. Davos se torna en el símbolo de una clase superior, la cumbre de las cumbres privadas.

Cerca de 2500 personas integran esta superclase. La mitad procede del mundo empresarial representado por sus máximos ejecutivos –uno por Compañía- del sector industrial, de las instituciones financieras, de las tecnologías de la información, de la energía, la salud y los servicios profesionales. También asisten representantes de Gobiernos de las principales 25 potencias mundiales y de las economías emergentes; líderes de las ONGs; de los sindicatos y de comunidades de fe; representantes de la cultura y del deporte; académicos y directivos de afamados “think tanks”, premios Nobel, expertos en temas especializados, editores, afamados columnistas, etc. Una esmerada muestra de la plutocracia mundial.

Davos responde a una opulencia estructurada. La cuota por pertenencia al Foro es disuasoria, pero es que además, la entrada se otorga por estricta invitación que obedece a incógnitos criterios de equilibrio sectorial. Ello confiere a las corporaciones participantes un notable sentimiento de titularidad, ya que son ellas las que costean el evento sin estrecheces presupuestarias. No hay problemas de financiación. Pero eso es lo de menos. Para ser socio en Davos uno tiene que haber mantenido un status de poder suficiente para crear un impacto de alcance global. Todos los participantes son brillantes, dinámicos y creativos; afortunados y conscientes de ello. Solo el dinero no es la clave de su felicidad, pero coinciden con Woody Allen en que *“el dinero siempre es mejor que la pobreza aunque solo sea por razones financieras”*. Cada participante estará allí por su habilidad para influir en las vidas de millones de personas a lo largo y ancho del globo, ya sea en el ámbito empresarial, de la sociedad civil, de la cultura o de las artes.

El tema propuesto por Schwab para la asamblea de 2010 es: “Mejorar el estado del mundo: repensar, rediseñar, reconstruir”. La crisis financiera de 2008 y la gran recesión de 2009 suscitan importantes interrogantes acerca del futuro de la economía global. Hay que repensar los modelos de negocios, de innovación financiera y de gestión del riesgo. Las cámaras legislativas, autoridades supervisoras y organizaciones internacionales, tendrán que rediseñar políticas y normativas que cubran gaps de gobernanza, prevengan futuros fracasos sistémicos

y restauren el crecimiento. Los agentes de decisión tienen la obligación de reconstruir la confianza, no solamente estableciendo la legitimidad de sus proyectos sino transmitiendo confianza acerca de éxitos futuros. Vivimos pues, tiempos para repensar, rediseñar y reconstruir valores, normas e incentivos que reconfiguren las comunidades, las redes sociales, las estructuras de gobernanza y los modelos industriales planetarios. En una cosa está acertado Schwab: no se trata de reactivar el sistema. Tenemos un sistema obsoleto que necesita ser rediseñado.

Todo eso suena bien y las conclusiones teóricas que se tracen tendrán elementos positivos. Davos ha contribuido históricamente a hitos destacables, como, entre otras, la reunión de los primeros ministros de Turquía y Grecia. En 1988 firmaron la Declaración que permitió reducir las tensiones entre los dos países y que los había llevado al borde de la guerra. En 1995, también en el entorno del Foro en Davos, Simon Peres y Yasir Arafat firmaron un acuerdo sobre Gaza y Jericó. Pero ese es el Davos periférico, el visible, el del testimonio gráfico o el informe documental.

Para algunos “el mamífero más evolucionado del planeta”, “Davos Man”, “el Hombre-Davos”, es otra cosa. El politólogo Samuel Huntington lo define como una élite con “escasa necesidad de lealtad nacional”, para quien las fronteras cada vez significan menos, representante del poder global, “un grupo que ve complacido la desaparición de las fronteras nacionales y considera a los gobiernos nacionales como vestigios del pasado”. Una idea original, una especie de comunismo capitalista que sustituye la consigna “*el trabajador carece de patria*” por “*el capitalista transnacional carece de patria*”.

A estos líderes mundiales no les preocupa en primer lugar el establecimiento de pautas para la mejora de la situación mundial, porque su influencia no se articula ni política, ni legal, ni democráticamente a través de módulos nacionales. Tampoco están interesados en crear un gobierno paralelo “en la sombra”.

Lo que más preocupa a “Davos Man” es preservar su propia identidad. A sus 40 años, Davos Man no atraviesa la crisis de la edad intermedia. De hecho carece de edad. En cada convocatoria se está o no se está. Los representantes de la banca de inversión norteamericana no asistirán a la cita de este año. No les toca estar en el club. Las agendas se respetan religiosamente y el tiempo –el bien más escaso de la superclase– se comparte solo con aquellas personas que pueden ofrecer las mejores y más inmediatas contrapartidas.

La asamblea anual del WEF es mucho más que una conferencia empresarial, es un campo de convivencia de la clase superior para situarse en un contexto relativo y asegurarse que nada sustancial escapa a su control. Cada uno de los participantes ejerce en un ámbito de poder y busca el contraste con otros miembros de la superclase para poder amplificarlo en el futuro en su segmento social. Si alguien está en la cima de poder, estará en Davos

“Davos Man” es más leal a Davos y a su ambiente que a los nacionales o gobiernos de su propio país. En Davos, la identidad nacional no es importante.

Los “Davos Men” en el resort alpino destilan inconscientemente como se obtiene el éxito y como se acumulan y ejercitan la influencia y el poder. Allí marcan pautas no

escritas de los defectos tolerables o inaceptables de quienes están en la cima. De forma natural se respira una meritocracia emanada de la ética weberiana, donde el poder ha sido visto como algo emanado del cielo y que surge de la lucha y de la propiedad de la tierra.

Pero la enorme influencia de Davos topa con la evidencia de los hechos y la recesión global. Como ha señalado Nancy Birdsall, fundadora del Centro para el desarrollo Global: *“como resultado de la globalización las reglas existentes suelen beneficiar mas a aquellas naciones y personas que ya tienen poder económico. Es natural que el mas rico y poderoso influya en la creación y aplicación de las normas globales”*.

Si reconocemos el poder de los poderosos, entonces debemos atribuirles una responsabilidad más que proporcional en la naturaleza de la sociedad que construyen y en las reglas que establecen para su gobernanza. Según Naciones Unidas y bajo el paradigma de la globalización en el mundo hay menos igualdad que hace diez años a pesar de los sustanciales progresos económicos en muchas regiones del planeta. Y en Occidente, ha sido el Estado-nación y el contribuyente de a pie quien ha salvado de la destrucción total a bancos y empresas liderados por “Davos Men”.

Davos es más pero también menos de lo que debería ser. Es menos cuando deja sin resolver los grandes temas de la agenda global. Es más cuando se convierte en un fascinante bazar de vanidades, que solo busca consolidar su poder recreándose en lo que Sigmund Freud diagnosticó como *“el narcisismo de verse diferente”*.

Al contemplar la desnudez actual de los “Davos Men”, recordamos con Abraham Lincoln que *“todos podemos soportar en alguna medida la adversidad, pero para poner a prueba el autentico carácter de un hombre basta con conferirle poder”*.